

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

JOSÉ MARÍA MATHEU



Publica libros muy buenos
sin bombos inoportunos,
de los que se dan algunos
que valen bastante menos.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Primavera, por Eduardo Bustillo.—La visión de Juan José, por Eduardo de Palacio.—Parque por *Carin*.—¡Qué miedo!, por Juan Pérez Zúñiga.—Va de cuento, por Sinésio Delgado.—Punto final, por *Fray Candil*.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: José María Matheu.—Robo.—Anuncios, por Cilla.



Un grande de España ha hecho una pregunta en el Senado poco respetuosa para las instituciones, y todos, ó casi todos, nos hemos estremecido.

Pueden hundirse los monumentos artísticos; pueden cerrarse los hospitales por falta de alimentos; pueden morir á manos del verdugo todos los anarquistas; pero no pueden oírse con calma ciertas alusiones. Si no respetamos á nuestros superiores jerárquicos, ¿á quién vamos á respetar?

Ahora la prensa sensata combate el inmoderado afán que tienen algunos diputados de pronunciar discursos. Conformes de toda conformidad.

El bello ideal de la gente seria se reduce á lo siguiente: lograr que en un día dado enmudezcan todos los senadores y diputados enemigos de la situación, y entren en las Cámaras de puntillas, saludando por señas á los ministros y besando respetuosamente la mano al presidente del Consejo.

—¡Qué abuso!—nos decía un admirador respetuoso de Cánovas.—Todos los senadores y diputados tienen derecho á pedir la palabra, y hay quien llega á dudar de las dotes de Cos. ¡Un hombre que ha llegado á ministro por sus merecimientos propios y tiene un baúl lleno de ropa blanca! ¡Un hombre, en fin, que hasta el queso de bola le come con tenedor!

Debe de ser muy desagradable para un ministerial ferviente eso de asistir á la sesión convencido de que Concha Castañeda, por ejemplo, es un sabio de la clase de economistas, y que se levante un diputado de oposición diciendo:

—¡Á ver! Que diga públicamente el señor ministro de Hacienda cuántas son siete por ocho. ¿A que no lo sabe?

—¿Cómo que no?—diría un admirador entusiasta del ministro. Y se iría después á su casa muy indignado, diciendo á su esposa:

—¿Quieres creer, Bonifacia, que hoy han dudado en las Cortes del talento rentístico de Concha?

—¿De qué Concha? ¿La que está casada con Canelón, el chocolatero?

—No, mujer: de Concha Castañeda. No hay cosa que más me encienda la sangre que eso del parlamentarismo. Allí todo el mundo tiene derecho á hacer preguntas y á decir picardías de nuestros personajes políticos. El día menos pensado increpan á Romero Robledo porque se deja la barba, ó presentan una proposición contra Cánovas para que se quite los calzoncillos.

La oratoria es perjudicial; convengamos en ello: si no hubiera discursos, los ministros podrían hacer cuanto les viniese en ganas, y á estas horas sería cardenal arzobispo de Toledo cualquier joven gomoso emparentado con un personaje de los que tienen la sartén por el mango.

Da lástima que no puedan repartirse el territorio español nuestros políticos. Lo natural sería que dijeran:

—Toma: tú, las provincias de Aragón y Cataluña; tú, Andalucía y Extremadura; tú, Galicia y las Vascongadas, y yo me quedaré con el resto... ¡Ah! La isla de Cuba se la daremos á mi

sobriano Ambrósio, que es muy aficionado al café y le gustan muchísimo las mulatas claras.

Pero como los diputados tienen derecho á hacer preguntas y á promover algarabías, resulta que nadie se decide á quedarse con el país terminantemente, y lo que hacen es ir comiéndose poco á poco y en secreto.

Hoy tenemos empleados públicos que apenas saben leer y firman con falsilla; el día que se suprimieran los discursos, acabarían por recibir al público á puntazo limpio.

—Vengo á ver si está despachado mi expediente—diríamos con el mayor respeto.

—¿Conque expedientes, eh? Toma expedientes—contestaría el funcionario pegándonos en la nuca con un tomo de *Gacetas*.

Por ahora no se ha suprimido el derecho de nuestros representantes en Cortes, y éstos pueden hablar cuanto quieran; de manera que los pobres empleados se limitan á recibirnos mal y á darnos con la puerta en las narices.

Ayer estuvo un amigo nuestro á saber el estado de un expediente y no se atrevieron á levantarle la mano. Lo único que pasó fué que le echaron por las escaleras.

—¡Pero, señor!—decía él.—¿No tengo derecho á enterarme de un asunto que me interesa?

—Vuelva usted á otra hora—le respondieron.—¿No está usted viendo que vamos á tomar café?

—Yo no me opongo, pero...

—Rodríguez—dijo uno de los funcionarios llamando al portero,—ponga usted á ese hombre en la escalera, porque no sabe guardar las consideraciones debidas.

Y el portero cogió á nuestro amigo por el cogote y lo puso de patitas en la puerta de la calle. Antes de dejarlo definitivamente, le dió un metido silencioso en la espalda; después cerró la puerta y no hubo más.

Mientras no se acuerda taparles la boca á senadores y diputados, los ministeriales han decidido protestar contra la oratoria de oposición y aplaudir la de los amigos.

Se levanta un diputado del gobierno y dice:

—Pido la palabra.

—Bien, bien—contestan á coro los verdaderos ministeriales.

—El gobierno que tenemos le honra de disfrutar...

—¡Bravo, bravo!—replica la masa dúctil que forma la mayoría.

Y en cuanto toma asiento el orador todos se lanzan á darle abrazos y á estrecharle la mano cariñosamente diciéndole: ¡Bendito sea tu pico, saleroso!

En cambio, hace uso de la palabra un orador que no es de la familia, y hay ministerial que, si pudiera, allí mismo le tiraba de los pelos ó le metía en el bolsillo una bomba de dinamita, á ver si se lo llevaban todos los demonios.

Por eso dice la prensa oficiosa que la oratoria es perjudicial y que conviene suprimirla.

Enhorabuena. Suprimase la oratoria; pero antes suprimamos los malos gobiernos.

No dirán ustedes que no sé también escribir de política.

LUIS TABOADA.

PRIMAVERA

La juventud del año,
como inspirado la llamó el poeta
quizás bajo el influjo de un engaño
que entre sueños de amor al alma inquieta:
esa estación florida
que renueva en los árboles la vida,
las ramas reverdece
y asilos al amor del ave ofrece,
donde mirlos, malvises, ruiseñores
y otros plúmeos cantores,
sin programas ni anuncios de su intento,
con dulcísimo y mágico instrumento
conciertos han de darte *noctis velis*
hechos unos benditos Mancinellis:
esa estación, Fabián, mi dulce amigo,
que rosas nos ofrece y azucenas
á San José poniendo por testigo;
mientras en las morenas
entrañas del terruño guarda el trigo,
de otras cosechas muestra el fruto cierto
en granos que al más vivo le traen muerto.

Y ya en Febrero loco
y del ventoso Marzo en el principio
empiezan á brotar poquito á poco
en nuestra humana piel cascote y ripio.

Y primavera médica se llama
á eso que anuncia ya lirios y rosas,
cuando al galán ofenden y á la dama
florescencias del cutis horrorosas.

Y aquel cuello de cisne de María
que el de la propia Venus parecía,
hoy huye atrevimientos del escote
por tener sarpullido hasta el cogote,
y á aquel labio, de frases de amor digno,
le desfigura un grano, aunque benigno,
y aquella nariz griega, limpia y blanca
rojo chorizo es hoy de Salamanca.

¡Ay! la del año infancia cándorosa
así á lo hermoso agravia;
y, previniendo encantos á la rosa
á impulso del amor de limpia savia,
remueve la impureza
de la sangre de cien generaciones,
y la humana belleza
huye del sol y llora en los rincones.

EDUARDO BUSTILLO.

LA VISIÓN DE JUAN JOSÉ

A sornivelá en la pirtra
iba er señó Juan José,
poco más de á cuatro piese
barbeando la pader,
sigún sorpechaba ér mismo
complicao con er Jerez.
Yevaba un aroma drento,
es un desí, un bouquet
(poique ér platicar en fino
está siempre más chipén)
que más de un curda ambulante,
ar trómpicarse con él,
desía, oliendo pa arriba:
—Que Dios le bendiga á usted.
—¡Vaya un pachulí e mérito!
—No mos des más, montañés.
—N. P. U. te conosgo,
mascarita; mira, ven...
Juan José no se enteraba;
segua sin responder,
de una asera pa otra asera
pa lusir er moscatel.
Cogía con dambas manos,
por detrás y á su caer,
yevaba la capotiya,
y paraba arguna vez,
pa darle dos ú tres lanse
ar toro ó á un gayo inglés.
Y al arrematá la suerte,
con la majestá de un rey,
saluaba á los tendíos
y á los parcos y al marqués
que le echaba una caena
que ér no podía coger
sino á pique de acostarse
en mitá der reondé,
y seguía su camino
disiendo:—¡Tengo un poer!...
Al regorver de una esquina
oyó que le esían:—¡Be!
—¡Eres presona ú borrego
ú arma transuante ú quién?
preguntó.
—¡So sinvergüensa!
¡Verdugo de mi niñés!
dijo la vos. ¡Asqueroso!
¡qué, no me quiés conosé?

Yo soy aqueya paloma
más jermosa que un clavé,
más fresca que la mañana,
que te tuvo güen querer
y que ya, por tí, no es sombra
siquiera de lo que jué.
A la que tú abandonaste
soy yo, paloma sin hiel,
ángel con mantón de lana...
¡Ay! ¡Me ajoga la honraés!
—Y qué quiés de mi presona,
diablo, carnefó ó mujé?
preguntó mi removío
er señó Juan.

—Pus lobén
y aluego que me convies.
—Y no quiés tú que te dé
una puñalá en er vientre,
pongamos un suponer?
¡Mardesfá! ¡Mala sangrel!
Si eres hija de *chusque*,
que se rompió al darle cuerda
dende la nunca á la nués.
—¿Qué eres tu, canaya, curda?
¡Asesino de mí bien!...
Tiró Juan José de faca
disiendo:—Ya le maté.
Se oyó á la par un quejío
y no se oyó más dempués.
Ayegaron los del orden...
serca del amanecer;
jayaron al asesino
tendió como un tonel;
le levantaron con tiento
que no se juera á verté,
y ér declaró lo ocurrió:
—Yo le he matao, señó jue.
—¿A quién?

—Al muerto.
—¿A cuál muerto?
—Pus á ése debió de ser.
—Habrá sío argun fantasma.
—¡Maresita é la Mersé!
Eso habrá sío, sin duda,
que jiede á asufre y á pes:
argun ánima perdía
que vino á desirme.—¡Be!

EDUARDO DE PALACIO.

PALIQUE

El joven y ya padre agustino D. Francisco Blanco y García,
¡ha visto ó leído *La casa de fieras*? Supongo que sí, porque es
hombre que, *so color* de erudición barata, ha engullido todos los
papeles impresos en España en este siglo, menos unos cuantos
que tienen más importancia que muchos de los que él ha devo-
rado con el entusiasmo de un *amateur* del folletín de *La Corres-*
pondencia.

El valiente que ha leído á todo Peirolón, novelista de Levante,
debe de conocer *La casa de fieras*, comedia en un acto y en
prosa, con mucha más gracia que *Las ruinas de mi convento*, que
tienen encantado al P. Blanco.

Pues bien, en *La casa de fieras*, al protagonista, que tiene muy

mal genio y lo disimula, le dicen sus parientes y criados: «¡Ay,
que se ha enfadadoooo! ¡que se ha enfadadoooo!...»

Pues eso le digo yo al reverendo: ¡Que se ha enfadadoooo!
¡Vaya un monje que no tiene correa! ¿Con qué se mortifica,
con qué se azota el P. Blanco? ¿O es que le han puesto por peni-
tencia leerse todos los novelones *medievales*... y mediotontos de
nuestro desventurado romanticismo burgués?

Ya saben ustedes aquello de Tácito, que al escribir la historia
de los últimos días de Augusto y la de Tiberio y sus sucesores,
prometía tratar de unos y otros *...sine ira et studio* quorum causas
procul habeo.

Pues el P. Muiños, digo Blanco (tanto monta), no menos histo-
riador que Tácito, aunque algo menos famoso, escribe sin ocul-
tar la ira y sin ocultar la afición; divide á los autores en moros
y cristianos; á los unos los arroja á los profundos *porque no los*
guardaron, y á los otros los da gloria eterna, aunque se llamen
Peirolón ó «un D. Nicolás Taboada y Fernández...» No mintamos.
«A un D. Nicolás Taboada y Fernández» no le alaba más que
por la *factura* de los versos; pero le consagra un parrafillo y da
señas particulares de él, diciendo que le premiaron una oda en
doce certámenes (*sin jarrones* que tendrá el hombre!). Además,
en el índice de la historia, entre los poetas líricos, nombra á ese
Taboada; lo cual que yo, al pronto, creí que era el *nuestro*, que
también fué lírico y bastante *erótico* en tiempos mejores.

Pero ¿qué les parece á ustedes de un historiador de la litera-
tura española que tiene tiempo y papel para hablar de un poe-
ta á quien él mismo llama «un D. Nicolás» como si lo citara y
emplazara por medio de edictos en la *Gaceta*?

¡Y este mismo historiador no tiene para Castelar, á no ser
cuando le considera desdeñosamente como novelista, más que
un rincón de una nota en la que dice que *Los recuerdos de Italia*
pueden clasificarse entre la *prosa ligera*! Vamos. *ropa vieja*, como
quien dice. ¡*Los recuerdos de Italia* entre el Padre Cobos, Li-
niers, Mas y Prat!...

Recordarán ustedes que yo había dicho en MADRID COMICO,
no hace muchas semanas, que el P. Blanco había echado por de-
lante para prepararse con buen éxito, y como *valle de ensayo*, que
tradujo el otro, un capítulo de su libro en que daba la *casualidad*
que alababa á todos los que escriben crónicas *actualmente* en los
periódicos de más circulación...

Esto le llegó al alma al P. Blanco (el cual comprendió que mi
advertencia había de producir su efecto, como se ha verificado
gracias á Dios y al buen juicio de los escritores para quien era
el cebo.) También le llegó al alma que yo le demostrara su mal
gusto, copiando versos malos que él citaba como buenos. Y le
llegó á las entrañas que yo le dijera que eso de hacer el *Menén-*
dez y Pelayo romancista no tenía mérito, y que una cosa es la
erudición y otra cosa meterse en un gabinete de lectura con
abonos á domicilio, y llevarse para casa todo el papel viejo del
puesto y *juzgarlo* como un juez municipal... prevaricador y pi-
dalino.

Furioso, pues, el P. Blanco, al corregir las pruebas de su obra,
ó añadiendo cuartillas á los capítulos, modificó el plan primero,
y escribió no pequeña parte de su libro, como podrían Bonafoux
ó *Fray Candil*, ó los dos juntos, *publicar* un folleto ó un periodi-
quito contra mí... y mis afines.

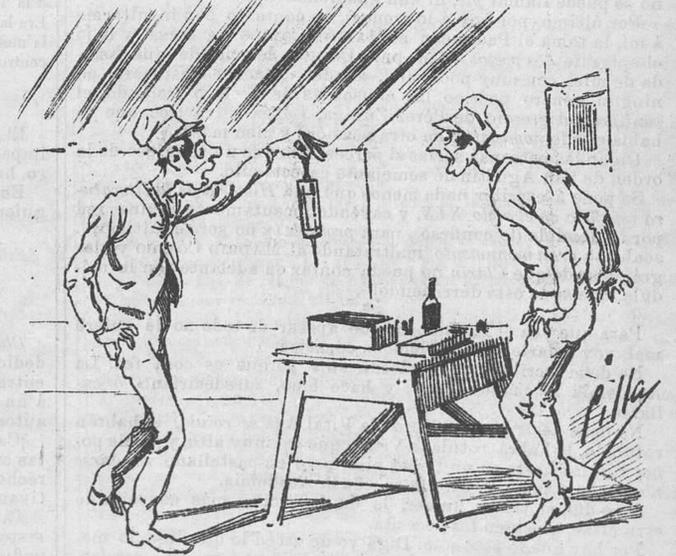
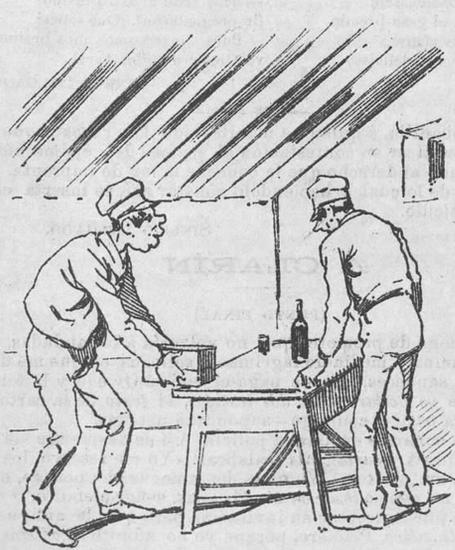
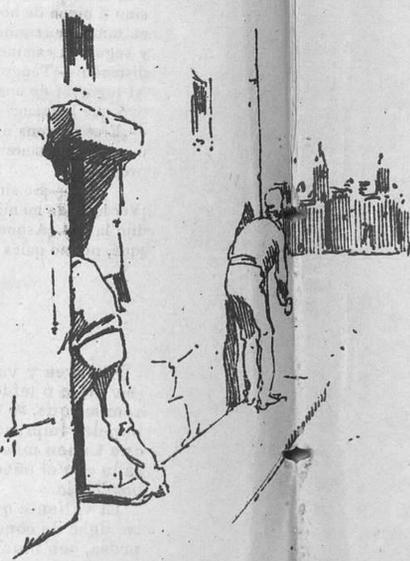
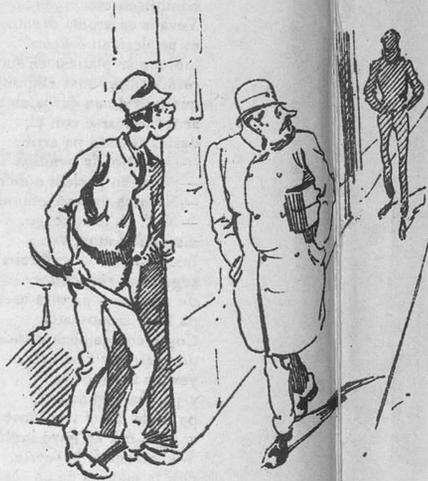
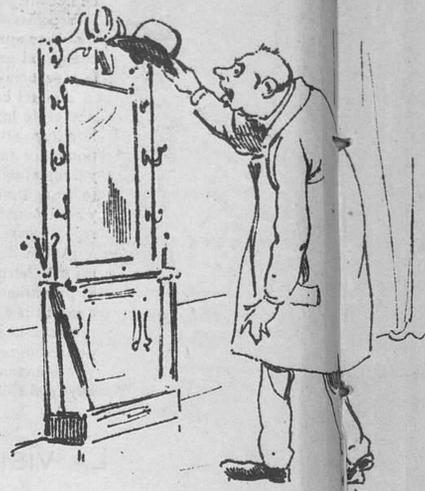
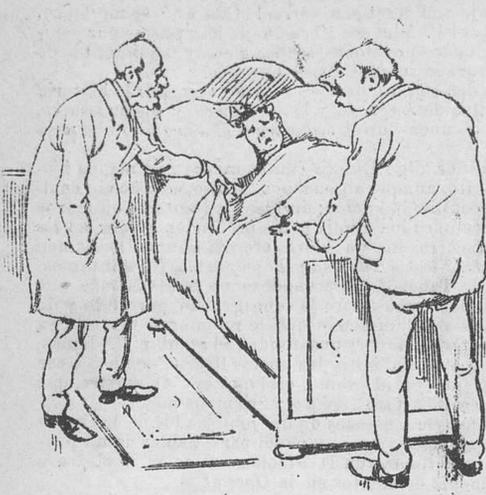
Véase la clase: en la página 105 discute muy seriamente con-
migo, sin insultarme, analizando mis opiniones acerca de Cam-
poamor, como se hace con un crítico cuyas ideas se cree que
importan algo. Se le escapó inadvertida al corregir las pruebas
esta ocasión de insultarme, ó estaría ya tirado el pliego co-
rrespondiente y no habría modo de llamarme nada feo, á no ser
de su puño y letra.

En la página 150, hablando de Menéndez y Pelayo como poe-
ta, dice el P. Blanco: «Contra los que niegan en redondo su per-
sonalidad poética le han defendido briosamente, no ya sus ami-
gos en ideas políticas y religiosas, sino hombres que tanto de
ellas se apartan y *tanto nombre gozan* en los partidos liberales,
como Valera y Leopoldo Alas.» El que escribió esto, y lo deja
pasar sin quitarlo ni cambiarlo (estaría tirado también este plie-
go), no parece el mismo que en el *último pliego* del libro dice de
mí que soy un baratero de puñal envenenado, que escribo en pe-
riódicos de bajo vuelo, que mis campañas no son de crítica, sino
de difamación calumniosa. (Aquí advierto al P. Blanco que el Có-
digo penal está sangrando; que eso es injuria y por escrito, y en
libro... pero que yo se lo perdono, aunque siento que un histo-
riador de la literatura, religioso además, dé motivo para que le
lleven al *banquillo* por su literatura.)

Para mí, según el P. Blanco, no existen *más reglas* de arte,
moralidad y *decoro social*, que los caprichos de mi temperamento.
(Esto es injuria también... *oficialmente*, pero en rigor no lo es,
porque los caprichos míos coinciden con los mandatos de la mor-
tal, la educación y el buen gusto, que me exigen perdonar al
P. Blanco, tratar en broma sus extravíos y no devolverle sus
injurias. Le supongo educación, moralidad y algunas letras; su
pecado consiste en haberse dejado adular, en creerse un Menén-
dez Pelayo *romancista*... y en dejarse convertir en testaferru de
muchas envidias y de muchos rencores *embotellados* hace muchos
años por los literatos de cierta ralea.)

«¡Qué atrocidades diría (yo) contra Cervantes y Calderón si hu-
bieran escrito en nuestro tiempo el *Quijote* y *La vida es sueño*!»
«Sin duda se han recrudecido en *Clarín* habituales dolencias

ROBO



hepáticas (dolencias habituales!), ó bien comienza á ser víctima de un lamentable reblandecimiento cerebral.» (De eso á pedir á Dios que me parta un rayo, no hay más que un paso.)

¶ Ni me reblandezco, ni me duele el hígado, ni es de cristianos el meterle á uno en aprensión. Más peligro debe de correr la salud del P. Blanco que está en edad peligrosa, en encierro más peligroso todavía y entregado (esos superiores ¿para qué sirven?), entregado á lecturas sugestivas como demonios. No hay más que verle *contar* (como un muchacho que lee á hurtadillas en el colegio) los *argumentos* de las novelas románticas; no hay más que verle analizar el carácter de las heroínas de Peirólón, Fernández Paxot, Cánovas, Luque, Vicceto, Balaguer, González del Valls, etcétera, etc., para deducir si el tal carácter está bien ó mal *sostenido*; no hay más que verle engolfado en toda esta labor de imaginación pasiva, para temer por su preciosa salud en ambos efectos, ó sea en lo psico-físico, como diría D.^a Emilia, que cree que lo psico-físico es medio físico y medio psíquico.

¶ Y ahora díganme ustedes: el autor que así me insulta, que en tan poco me tiene, que cree que yo juzgaría malos el *Quijote* y *La vida es sueño*, si me dejasen á mí solo; que asegura que sólo he influido en los literatos incipientes, parece el mismo que me citaba en la página 150 —tantos pliegos atrás— al lado de Valera, con testimonio de valía en favor de M. y Pelayo, y en cuanto *hombre de mucho nombre* en los partidos liberales?

¿O es que el P. Blanco piensa que en los partidos liberales gozan de reputación los calumniadores, los barateros, los que tienen la médula hecha papilla, los que reniegan de Cervantes, los tontos y los malvados, en suma? Como si se estuviera confesando, dígame el P. Blanco: ¿no es verdad que hay contradicción entre la página 150 y el último pliego? ¿No es verdad que esto, y otras cosas que omito, y que andan cerca del final también, ó en notas que se suelen escribir en las pruebas; no es verdad que todo eso lo escribió el reverendo hace muy poco, después de mis amargas verdades del MADRID CÓMICO?

Además, ¡lo que habrá apretado el P. Muiños! ¡Quién sabe si hasta Pidal, que las gasta más gordas, más graves y más...

¶ El P. Muiños! Nombre alegre, especie de Giacopone de Todí, á quien llamaba Italia «juglar de Dios.» Sí; pero si el P. Muiños viene á ser un clown místico, es por motivos muy diferentes de los que hubo para calificar como va dicho al autor de los *Laudes*, el supuesto creador del *Stabat Mater*.

También el P. Muiños, que no había de ser menos que «un don Nicolás Taboada.» figura entre los líricos del P. Blanco. No faltaba más! Compañeros de monasterio, ¿qué había de suceder?

El P. Blanco confiesa que Muiños tiene «lamentables caídas.»—Descarrilamientos querrá usted decir.—Pero de todas maneras, el agustino (y no agustiniano, como ellos dicen), el agustino prosista se extasía ante las siguientes lucubraciones del agustino poeta:

Dulce es tener el corazón herido
Si es el amor divino quien le hiere.
Que es el atmósfera del alma,
Con él vive feliz y sin él muere...

¶ Mediano oído tenemos, P. Blanquillo! El P. Muiños no debe de haber escrito ese verso atmosférico. Ahí la culpa debe de estar en el P. Blanco... ¡Que me hable á mí—porque á mí va la flecha—de lo que es saber ó no saber en qué consiste la poesía castellana!

Valiente historiador de literaturas, que entre los miles de versos que habrá escrito su amigo y compañero, va á escoger por modelo esos tan malos, y además les *rompe una pata*, porque eso no se puede llamar *pie*, ni aun añadiendo *cojo*.

Por último (por hoy á lo menos), no contento con insultarme á mí, la toma el Padre con el MADRID CÓMICO en masa; y bajo el epígrafe *Los poetas del MADRID CÓMICO*, después de una dedada de miel, con muy poca miel, añade: «¿Pueden clasificarse en ningún género poético las chuscadas de Sinesio Delgado, el pontífice del gremio, de Pérez Zúñiga, López Silva (los que yo había citado *nominatim* en otra ocasión) y cien más...»

Digan las personas serias si parece bien que un religioso de la orden de San Agustín dé semejante espectáculo.

Se pone á escribir nada menos que una *Historia de la literatura española en el siglo XIX*, y cayendo incautamente en una red por mí tendida (lo confieso), para *probarle* (y no será el último)... acaba su *gran monumento* maltratando al MADRID CÓMICO y alegrándose de que *Clarín* no pueda contar en adelante con la médula, que se le está derritiendo!

¶ Para que vea el P. Blanco que apesar de todo no le quiero mal, voy á darle algunos buenos consejos:

No debe escribir nunca «desdirían,» porque es cosa fea. La Academia le manda decir, y hace bien, «desdecirían,» ó callarse.

No debe decir que un libro de Vital Aza se *rotula*; le habrán rotulado, le habrá rotulado Vital, que es muy alto, y puede poner rótulos hasta en un tercer piso; pero en castellano *rotularse* no existe, y también esto lo enseña la Academia.

Otro día, si tengo humor, le daré muchos más consejos de esta clase, que bien los necesita.

Por hoy añado este sólo: Diga yo de usted lo que diga, lo mejor que usted puede hacer en adelante, créame á mí, es... *rotularse* andane. —CLARÍN.

¡QUÉ MIEDO!

La reina de las modistas,
mi amiga Pilar Hurtado,
se acostó el martes pasado
pensando en los anarquistas,
y ¡claro! empezó á soñar
unas cosas espantosas.

¿Queréis saber estas cosas?
Pues os las voy á contar.
Soñó que dos malhechores
en el portal se metieron
y á la portera cogieron,
haciendo con ella horrores,
pues después de hacerla un siete
en su pañuelo de abrigo,
la sacaron el ombligo
con la punta de un machete,
y ataron sin compasión
á la doncella Cristina,
colgándola en la cocina
como si fuera un jamón.

Soñó que al fin, con viveza,
á la señora buscaron,
y sin piedad le cortaron
de un hachazo la cabeza,
echando el cuerpo á rodar
á lo largo de un colchón
y escondiendo en un rincón
la cabeza de Pilar.

Soñó que al cabo de un rato,
y mientras á la infeliz
le lamía la nariz

transido de pena el gato,
los cínicos malhechores,
con inaudita frescura,
forzaba la cerradura
del arca de los valores.

Logrando una decepción,
pues vieron ¡oh suerte infal!
que en el arca sólo había
dos pesetas y un botón.

Quedó Cristina colgada
y Pilar partida en dos;
y al irse del oro en pos
aquella gente malvada,
dijo á Pilar el más bestia:
—Vamos al piso de al lado.
Nos hemos equivocado.
¡Perdone usté la molestia!

.....
.....
Tal fué el sueño. Despertó
Pilar tan acongojada
y vive tan asustada
desde que aquello soñó,
que, según ayer la oí,
lo mismo al dormir la siesta
que por la noche, se acuesta
con un sable junto á sí.

(Nota importante.—La gente
dice que el sable en cuestión
está unido á un cinturón
y el cinturón á un teniente.)

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

VA DE CUENTO

Hace veinticuatro siglos,
en un planeta distante
muchos millares de leguas
y que no conoce nadie,
pues va rodando perdido
por el espacio insondable
llevando á bordo centenas
de millones de habitantes,
descubrieron en la Tierra
no sé qué extrañas señales
que les parecieron rastros
de airadas divinidades.
Y como todos los seres
chicos, medianos y grandes,
si no los tienen, inventan
ídolos para adorarles,
levantaron á la Tierra
templos, estatuas y altares
y por su culto hubo luchas
en que se vertió la sangre.
Todos en sus oraciones
pedían, arrodillándose,
que en la hora de la muerte
á la Tierra los llevasen.
Era la Tierra el gran premio,
la meta de sus afanes,
centro de eternas delicias,

fin de todos los pesares,
donde obtenían los justos
recompensas celestiales
en una paz sin trastornos
y en un cielo sin celajes.
Al fin un sabio, un prodigio
en las ciencias naturales
que estudiando el firmameuto
pasó una vida de mártir,
descubrió una lente inmensa
para un antejo gigante
que acortando las distancias
pudo poner á su alcance
nuestro planeta, con todos
sus pelos y sus señales.
Nos vió de cerca, tan cerca
que acabó por enterarse
como si hubiera viajado
de San Petersburgo á Cádiz.
Al saberlo en el planeta
que no ha conocido nadie,
fueron á buscar al sabio
gentes de todas las clases.
—¿Has visto al astro divino?
(le preguntaron). ¿Qué sabes?
—Pues... ¡que somos unos bestias
veinticuatro siglos hace!

SINESIO DELGADO.

El Sr. Bobadilla, á quien he manifestado las razones que me impedían publicar su contestación al *palique* del último número, ha apelado al derecho que le concede la ley de imprenta.

En vista de lo cual, y haciéndolo constar así, se inserta el siguiente artículo.

SINESIO DELGADO.

A CLARÍN

(PUNTO FINAL)

Clarín, luego de prometer que no volvería á las andadas, me dedica columna y media de lágrimas y sollozos, en que me dice, entre otras sandeces, que me paga el viaje á Oviedo y la fonda, á fin de que yo declare ante dos testigos, el texto de la carta de autos... para batirse conmigo—supondrán ustedes.

¡Ca! Para echarme encima la policía. Así se desprende de estas sus pacíficas y *curialescas* palabras: «Yo me reservo los derechos que me asisten... Yo no le he amenazado, porque, efectivamente, no pienso tocar en él.» Gracias, señor elefante.

Tampoco puedo aceptar su invitación para que le aplique el sistema *pali...ativo*. Primero, porque yo no admito *ni ofertas* de nadie. Segundo, porque caso de que yo ejerciera la medicina, la ejercería de balde. Si le cobrase á usted, se pasaría la vida ex-

clamando con Harpagón: «¡Hélas! ¡Mon pauvre argent! Mon pauvre argent! Mon cher ami!...»

Si por un prologuillo ha levantado usted semejante tremolina, ¿qué sería si me pagase usted la visita? Además, la curación en Oviedo le saldría á usted cara, y por mucho que diga usted que tiene posibles, nadie se lo cree (1).

Usted no escribe nunca lo que siente—según me ha dicho usted en confianza—sino para cubrir las faltas del ministerio de Fomento. Su único hijo no se vende. ¿Cuántos ejemplares cree usted que se han vendido hasta ahora de *D.ª Bertá*? Dos. Uno le he comprado yo, y aún no le he pagado, ni pienso.

Si no temiera que dijese usted que le imito sin saberlo (¿imitar sin saberlo?), le invitaría á que viniera á Madrid á curarse por cuenta mía y... riesgo de usted. Así como así, yo pienso hacer un viajecito á Italia, y parte de lo que pudiera malgastar en divertirme lo consagraría á la ciencia. Nada, me decido. Pero, enténdalo usted, Sr. Alas: una cosa es no tener y otra despilfarrar.

¿Quién le ha dicho á usted que yo pretendo quitarle su puesto en el MADRID CÓMICO? He sido alguna vez redactor para que ponga usted á mi amigo Sinesio en la alternativa de escoger entre nosotros? ¿Ando yo á caza de cuartos, como usted? ¿Qué favores me hizo usted para que me califique de ingrato? El prologucho de marras y los elogios que me dirigió *in diebus illis*? Pues tan ingrato es usted como yo, según eso. Porque yo le di á conocer en América, alabándole más de lo justo. Y patá.

Habla usted de palos dados por mí, en América, á libros de usted. No hay tales carneros, á no ser que entienda usted por palo no llamarle genio cada cinco minutos. Se lamenta usted de no haberme irsultado. ¿No fué usted quien me llamó adulador y otras cosas de igual jaez en venganza, sin duda, de esos supuestos ataques? Para usted, que debe de tener epidermis de cocodrilo, tal vez no lo sean; para mí lo son, y tres más. Dice usted que altero el sentido de sus cartas. Falso. Nombre usted peritos, si quiere. Me pregunta que dónde y cuándo araña á Salmerón. En la página 101 de su folleto *Un discurso*. Sueña usted con folletos míos preparados en la sombra. Alucinaciones de usted. En cuanto á lo de las revistas extranjeras, ¿por qué se calla usted que también hablaban de mis libros? En un artículo publicado en *El Día* censuraba usted á D.ª Emilia Pardo que hubiese reproducido su prólogo en la cuarta edición de *La cuestión palpitante*.

Con su perfidia acostumbrada niega usted que *Alejandrópolis* sea Oviedo, y que el fraile á quien bautizó usted con mi pseudónimo y quiso que cargase con el muerto de los insultos que me dirigió, «fraile que existe, y cuyo apellido acaba con il», que es ingrato también para con usted, y que azuza en su contra á un prócer *potísimo*, no es el señor obispo de Oviedo, fray Ciriacó Viljil, amigo de D. Alejandro Pidal.

Bueno, hombre, bueno. No tema usted la denuncia del que fué por unos días *Fray Candil II*. Cree el ladrón...

Al fin confiesa usted lo que negaba al principio: que los insultos episcopales iban contra mí.

Oficiando de catequista dice usted que quiso llevarme por el buen camino (*grisum tencatis*), el de la idealidad religiosa. Si, por eso me hizo usted obispo de Alejandrópolis. Dice usted que no llega á los cuarenta...

Bueno, joven, abur, y que usted se alivie...

FRAY CANDIL.

CHISMES Y CUENTOS

Hemos recibido la visita del semanario carlista *Caiaquerda*, que viene á defender sus ideas con valentía.

Saludámosle humildemente para que perdone nuestros pecados el día del triunfo... si triunfa.

Verán ustedes lo que ha contestado uno en el concurso de ingenios de *La Correspondencia*:

«¿Qué quiere usted que le diga?

Si todo es guasa,

pues la mujer más bella

á los ochenta es una pasa.»

Y lo malo no es eso, sino que *La Correspondencia* avisó oportunamente que no publicaría más que las contestaciones que lo merecieran.

Y ¡caramba! suponer que eso merece los honores de la publicidad, es no saber contar las sílabas.

Un anuncio:

«Habitación, casa, familia tranquila, con asistencia ó sin ella...»

¿Familia tranquila? Claro, hombre; todas las familias son tranquilas mientras no demuestren lo contrario.

Y si alguna no lo fuera, no iba á anunciar en los periódicos:

«Se cede habitación. Familia bulliciosa.»

Aunque, bien pensado, puede que así lo vieran los huéspedes.

«A diez mil contos de reis asciende el déficit anual de Portugal.»

Y eso ¿es mucho?

Porque, efectivamente, diez mil millones de reis parece una cantidad respetable.

(1) Billeto de primera, ida y vuelta, 24 duros. Comida durante el viaje, 6 duros. Una vara de acébuches, 10 céntimos. Fonda en Vetusta, 14 duros, porque yo tardaría siete días, por lo menos, en cazarle. Por algo se llama usted *Alas*, y eso que yo tiro al vuelo.

Pero vaya usted á saber lo que haya de cierto!

Como son un poco exageradillos los portugueses...

Libros:

Menudencias, notable novela del distinguido publicista D. Pascual Millán, que tanto por su forma como por su fondo ha de llamar poderosamente la atención pública. Precio: 3 pesetas.

A San Juan de la Cruz, poesía de D.ª Carolina Valencia, premiada en público certamen por la Real Academia Española y publicada á sus expensas.

Historietas, colección de chispeantes y graciosísimos dibujos de nuestro colaborador Angel Pons. Toda la prensa ha hecho grandes y merecidos elogios de este libro, que se agotará en poco tiempo. La edición está hecha con gran lujo por la casa editorial de Fe, y cuesta cada tomo 3,50 pesetas.

Confidencias, novela interesantísima de D. Joaquín Ravenet, que revela en ella excelentes dotes de estilista y gran espíritu de observación. Se ha publicado solamente el primer tomo, que se vende á 2 pesetas.

El santo patrono, novela de D. José M. Matheu, publicada por *La España Editorial*. Si el Sr. Matheu no hubiera ganado justo renombre con sus anteriores novelas, *El santo patrono* le colocaría en lugar preeminente entre los buenos escritores. Es un libro ameno, interesante, concienzudamente pensado y correcta y primorosamente escrito. Precio, 3,50 pesetas.

El Teatro del Príncipe Alfonso, historia de este coliseo por D. Enrique Sepúlveda. Folleto que contiene multitud de datos interesantes relacionados con el movimiento artístico moderno. Precio, 1 peseta.

Bajo la parra, colección de preciosos artículos de Salvador Rueda, que forman un tomo de la *Biblioteca selecta* que se publica en Valencia por la casa editorial de D. Pascual Aguilar. Precio: 50 céntimos.

Pobre autor! Monólogo escrito expresamente para el beneficio del primer tenor D. Juan M. Delgado, por D. Estanislao de Asensi, y estrenado con gran éxito en Barcelona.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Morcilla.—No teniendo en qué pasar el tiempo... ha cogido usted la ortografía y la ha hecho pedazos. Dios le perdone la gracia.

Uno que no rabia.—Pero que hace rabiar al universo mundo. ¡Compadre! Buena danza de astros ha armado usted en pocas líneas!

Lanúgula.—Es inocente

completamente,

pero al susodicho D. Agustín le sabría á cuerno quemado.

Latigazos.—¡Hombre! ¿Pegarse un tiro por no poder pagar al casero? Me río yo del humorismo ese.

Juan de las Viñas.—Mi intención es... no publicarlo. Porque no tiene nada de particular absolutamente.

El que asó la manteca.—Son muy medianas

entrambas cosas

y las encuentro

bastante sosas.

D. Suero Gómez.—Flojita, sin asunto y... lo que es peor, con algunos versos mal medidos además.

Sr. D. A. R.—No están mal hechos los versos, pero el cuento es demasiado conocido.

Sr. D. E. Ch.—Mi estimable paisano, no maneja usted muy allá el diálogo chulesco. Y además se le escapan á usted versos como éste:

«la lógica.—Choca que estás...»

al cual le sobra una sílaba, ó yo estoy trastornado.

Sr. D. J. L. B.—Madrid.—Bien; pero es preciso que los números no sean muy atrasados, ¿eh?

Tarick.—Comprenda usted que es imposible contestar á todos. Pero si no le dije nada, no habrá entrado en turno la composición. Porque eso sí lo aviso siempre.

Abdalasis.—Digo á usted lo mismo que al anterior. El soneto no es publicable.

Una víctima.—No está mal; pero es una vulgaridad tan grande decir que los guardias se esconden cuando hacen falta...

Sr. D. M. L. M.—También es vulgarísima la idea.

Sr. D. E. R. P.—Madrid.—«Hábrese el curso, en los primeros meses...»

¡Ay! No podemos seguir, porque abrir no se escribe con *hache*.

Pichón.—¡Hombre! ¿Un soneto á *Elisa* que no es soneto ni cosa por el estilo? ¡Ni que fuera usted Cánovas!

Sr. D. L. R.—¡Por Dios! Huyan ustedes de la vulgaridad como del fuego, ó más que del fuego.

Mostacho.—¿A qué no sabe usted de dónde es eso que se le ha ocurrido ahora? ¡De un sainete de D. Tomás Lucero!

Sr. D. A. D.—Se recibió su obsequio, que agradecemos sinceramente. ¡Y que son muy ricas, por cierto!

Sr. D. R. B.—Valencia.—El caso es que son seis versos nada más, y casi ninguno tiene las sílabas que por clasificación le corresponden.

Sr. D. E. N.—Granada.—No recuerdo la carta á que alude. Los versos de hoy son serios completamente.

Lucifer.—¡Vaya con el demonio! ¡Ocuparse ahora en copiar epigramas y mandarlos como originales!

X.—No, no es bueno. Y lo de

«Mi ánima raúdál emprendió el vuelo»

no me parece muy correcto que digamos.

2 del Moka-Club.—Y ese soneto es peor todavía, porque hay que tener en cuenta que se han reunido ustedes dos... para no contar bien las sílabas.

Morcillo.—Malejas son las quintillas,

malejas ó medianillas.

MADRID, 1892.—Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa.

Libertad, 15 duplicado, bajo.

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS



—Diga usted, doña Tomasa,
¿á quién aplaude la clac?
—A las camisas de frac
que se hacen en esta casa.

Martinez.—San Sebastián, 2.



Señores diputados:
Los que tengáis flemones
id á casa de *Tirso*
que os saquen los raigones.

Mayor, 73.



¡Es en vano que te arrojes
á buscar por las montañas
quien componga los relojes
como los compone *Brañas!*

Plaza de Matute, 12.



Voy á morir, y me asusta
el no volver á beber
Cognac fino de Moguer...
¡El cognac que más me gusta!
Avansays, Carmen, 10.



Todo el que tuviere novia
de carácter agrio ó dulce
debe regalarla siempre
las cosas que más la gusten.
Y para agradar á todas
las señoritas de fuste,
son los regalos mejores
los caprichos... con perfumes.

Perfumería Americana, Espos y Mina, 66.

LAS TULLERÍAS



Por cincuenta pesetas
tengo un abono,
como ricas chuletas
¡y me doy tono!
Matute, 6.

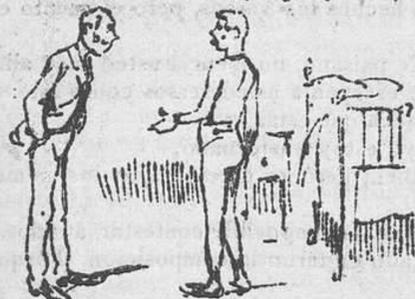


Voy á tomar la trinchera
sin más defensa que el traje,
que es de casa de *Pesquera*
y no hay bala que lo raje.

MAGDALENA, 22.



¡Dios mío! No me acongojan
los horrores que me aguardan
ni la lucha que me agobia
ni las fuerzas que me faltan.
¡Solamente echo de mí: os
en tan tristes circunstancias
mi cama del *Bazar de*
la plaza de la Cebada!
Número 1.



—¿A que no sabe usted por qué no salgo
á la calle vestido únicamente con el traje
de punto de casa de *Tirso Rodríguez*, Ato-
cha, 75 y 77?

—¿Por no ofender á la moral?

—¡Cál! Porque no se mueran de envidia
los transeuntes.

—Me costó doce cincuenta
y no lo doy por ochenta.
—Pues no me diga usted más.
¡Se lo ha comprado usted á *Gras!*
Alcalá, 40.



—Nadie sale por la lluvia.
—Y, sin embargo, aquí tienes
cómo están los almacenes
de *Rodero y Villarrubia*.
Serrano, 36 y 38.

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS
Medalla de oro, por sus Chocclates.
Medalla de oro, por sus Cafés.
Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 2, MADRID

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50;
año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el
extranjero por menos de un año.Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil
cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO